

CAPÍTULO V

ZAPOTITLÁN SALINAS Y LA MIGRACIÓN INTERNACIONAL

El primer migrante de Zapotitlán, Luis, un trabajador de las canteras, salió en 1984 de la comunidad cuando contaba con 20 años de edad con su cuñado, un hombre de Izúcar de Matamoros, Puebla, quien había estado en Nueva York en varias ocasiones trabajando en restaurantes. Un año después, Luis financió el viaje de sus dos hermanos, también trabajadores de las canteras, de algunos primos y amigos que habían trabajado en los talleres. Entre 1984 y 1987, cada mes, grupos de cinco o seis personas, principalmente hombres jóvenes solteros, se iban a Nueva York. En 1988 grupos más numerosos, de 10 a 15 personas, salían hacía Estados Unidos; los propietarios de los talleres comenzaron a sentir los efectos de una merma oferta de trabajadores. (Lee 2014b:127).

El declive de la industria del ónix en Zapotitlán Salinas (véase capítulo III), una oferta laboral merma y las constantes crisis económicas que azotaron al país, favorecieron a que, en un inicio, algunos trabajadores de las canteras y los talleres apostaran por el sueño americano. En pocos años, la fiebre de la migración contagiaria cada vez a más trabajadores al hacerse visibles las mejoras significativas de las familias con migrantes. De manera acelerada, para inicios de los noventas, seis años después de la salida de Luis, grupos cada vez mayores de zapotitecos migrarían hacia Estados Unidos. Estos migrantes formarían parte del circuito migratorio ya trazado en años anteriores en otras comunidades de la Mixteca Poblana, teniendo como principal destino la zona

triestatal de Connecticut-Nueva Jersey-Nueva York e insertándose en el sector servicios y la manufactura, principalmente (Lee 2008).

El impacto de la migración acelerada en la comunidad tres décadas después fue tal que en la etnoencuesta aplicada en 2011, el 64.3% de los hogares zapotitecos reportó tener, al menos, un miembro con experiencia migratoria hacia Estados Unidos. Este fenómeno ha quedado plasmado en el Índice de Prevalencia Migratoria, que corresponde a la proporción de adultos mayores de quince años de la comunidad que han realizado alguna emigración internacional o se encuentran fuera de su país de origen; un índice de .2 sugiere que de cada diez individuos dos cuentan con algún tipo de experiencia migratoria internacional (Massey et al. 1994b). En la Figura 3 se muestra el índice de prevalencia migratoria entre los años 1950-2010 en Zapotitlán Salinas comparada con las tres comunidades del estado de Puebla que formaron parte del proyecto de investigación en 2011: Chautla, Huaquechula y Pahuatlán.

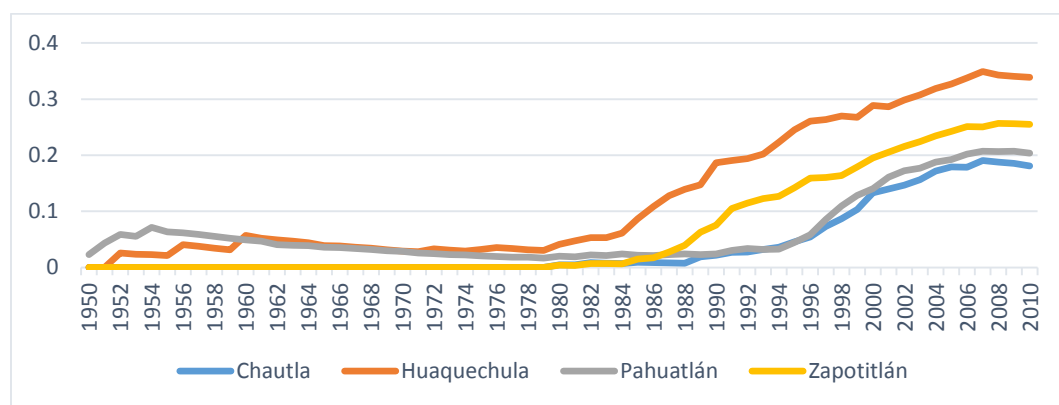


Figura 4. Índice de prevalencia migratoria, elaboración propia con base en la etnoencuesta del proyecto “Crisis Económica Global y Respuesta en Cuatro Comunidades de Reciente Migración”.

Observamos que la acumulación de experiencia migratoria se incrementó de forma exponencial a partir de los años ochenta y siguió aumentando hasta el año 2008. En el caso de Zapotitlán Salinas, podemos observar una nula participación de la comunidad en la migración internacional hasta principios de los años ochenta, creciendo considerablemente en las siguientes dos décadas; para el año 2008 el índice de prevalencia migratoria llegó a .25. Autores como Canales (2012), Passel y Cohn (2009) y Stiglitz (2009) han sostenido que desde la década de los ochenta y de manera intensificada en los noventa, una de las respuestas ante los múltiples estragos económicos por las que ha atravesado México ha sido el alto índice de mexicanos migrando hacia Estados Unidos posterior a una crisis. En Zapotitlán Salinas el flujo de migrantes aparenta estar sincronizado a etapas de crisis en el país.

En este capítulo se da un panorama de cómo, a lo largo de tres décadas, la migración internacional se ha posicionado como la opción más viable para “salir adelante” entre los zapotitecos. El análisis cuantitativo y cualitativo nos permite apreciar diferentes temporalidades del flujo de migrantes zapotitecos hacía Estados Unidos que se encuentran segmentados por años de crisis local y nacional. Primeramente, el periodo entre 1985 y 1991, cuando tomó lugar el declive de la industria del ónix; el segundo periodo, 1992-1998, corresponde a los años previos y posteriores a la firma del TLCAN en 1994; el tercer periodo, 1999-2006, abarca los años previos y posteriores a los atentados del 11 de Septiembre y, finalmente, el periodo 2007-2010, cuando se desencadenó la crisis financiera mundial.

Los primeros años: 1985-1991

El declive de la industria del ónix en Zapotitlán Salinas marcó el inicio de la migración acelerada en la comunidad. Con el agotamiento de un recurso no renovable, el aumento en los costos de operación de los talleres, la falta de infraestructura para la extracción de piedra y el declive de los precios en el mercado nacional e internacional del ónix, cada vez más zapotitecos fueron abandonando las canteras y los talleres contagiados por la “fiebre de la migración”. Gustavo, quien trabajó por 38 años en la industria del ónix y tiene su propio taller, nos comentó que en la década de los ochenta era muy común que de un día para otro los dueños de los talleres se encontraran con la sorpresa de que sus trabajadores se habían ido hacia Estados Unidos sin aviso alguno.

El declive de la industria, junto con los bajos salarios, los pagos a destiempo en las canteras y los talleres y una creciente demanda laboral en Estados Unidos, aceleraron el colapso de la industria. Gustavo menciona que en muy pocos años los migrantes traerían consigo nueva ropa, camionetas o artículos lujosos a los cuales era imposible acceder con sueldos locales, por lo que cada vez más trabajadores, e incluso, los propios dueños de los talleres y canteras abandonarían sus negocios para viajar al norte. Como resultado, muchos talleres y canteras quedaron en bancarrota o fueron abandonados y aquellos dueños que no migraron, como es el caso de Gustavo, decidieron rentarlo y buscar formas de ingreso más redituables.

Conforme las crisis y los estragos económicos se acentuaban en la comunidad, entre 1985 y 1991 se dio la primera ola de migrantes zapotitecos hacia Estados Unidos. En la etnoencuesta aplicada en 2011, el 23.2% de los migrantes captados migró en esos

años. Durante la primera salida, los migrantes fueron, principalmente, hombres (96.1%), solteros (67.3%), entre 16 y 25 años de edad (46.15%), extrabajadores de las canteras y los talleres de la comunidad. Así mismo, el 94.2% de los migrantes de esta fase tuvieron como principal destino la ciudad de Nueva York. Al igual que en las zonas de reciente migración del centro de México, la migración de zapotitecos se ha caracterizado por un alto índice en la incidencia de migración indocumentada: el 96.1% de los zapotitecos cruzó hacia Estados Unidos de manera clandestina. El 58.7% tiene seis o menos grados de escolaridad. El 52.3% de quienes trabajaron en los servicios lo hizo en restaurantes. El 50% permaneció en Estados Unidos de uno a cinco años.

El impacto del TLCAN en los flujos migratorios: 1992-1998

Durante los años previos y posteriores a la firma del TLCAN en 1994, se dio una nueva ola migratoria de zapotitecos hacia el Norte. Las crisis que azotaban a la comunidad desde la década de los ochenta se intensificaron después de la firma de TLACAN (Villarreal 2011), que repercutió en el aumento en los precios de granos, aceites vegetales y carnes, como consecuencia del incremento de los precios de los energéticos y de la demanda de cereales por parte de economías emergentes como China y la India. A su vez favoreció al desbalance entre salarios e inflación en México (Torres 2009); factores que afectaron considerablemente la economía de las familias zapotitecas.

Entre 1992 y 1998 se ubica una ola moderada de migración. Las primeras salidas de este flujo representaron el 21.4% de la muestra siendo ligeramente menor al flujo registrado en el periodo 1985-1991. Sin embargo, el impacto de la firma del TLCAN se hizo evidente en los dos años posteriores, 1995 y 1996 cuando cerca de 48% de los

migrantes que salió en esta fase lo hizo en estos años. Aunque se da una participación importante de mujeres; la mayoría de los migrantes siguieron siendo hombres (72.9%) que tendrían como principal destino la ciudad de Nueva York o el estado de Nueva Jersey (93.7%). Al igual que en la etapa anterior, los migrantes se insertarían principalmente en el sector servicios (47.3% del 79.1% trabajó en restaurantes), 52% permaneció en el lugar de destino entre uno y cinco años. A diferencia de la fase anterior, en esta ocasión el número de individuos casados o en unión libre aumentó considerablemente (45.8%); cifra similar al número de personas que viajaron siendo solteras (52%).

La consolidación de la migración en la comunidad favoreció a que cada vez más personas emprendieran el viaje hacia el norte. Con conyugues, amigos o familiares establecidos del otro lado de la frontera, la migración resultaba cada vez más propicia. La mencionada teoría de la causación acumulativa hace hincapié en cómo el fortalecimiento de las redes y el añejamiento del circuito migratorio han favorecido la disminución de los riesgos al migrar. De este modo, las condiciones económicas poco favorables en la comunidad y las extensivas redes sociales motivaron la incorporación de una fuerza laboral compuesta por hombres, mujeres y jóvenes que no encontraron empleo en la comunidad.

El desarrollo y la perpetuación del circuito migratorio

Al igual que muchos circuitos migratorios en México, en la migración de zapotitecos hacia la ciudad de Nueva York, las redes son un factor de gran importancia para el desarrollo de este fenómeno. “La red está basada en relaciones primordiales o apela a la identidad local común, facilitando información sobre empleos disponibles,

recomendaciones para trabajar en un mismo restaurante, conseguir vivienda y, quizá, recibir algún préstamo mientras el nuevo inmigrante cobra su primer sueldo” (Rivera-Sánchez 2004:77). Las redes han marcado en muchas ocasiones el lugar de destino, el sector ocupacional y el lugar de residencia.

Una conciencia de solidaridad y confianza ha fomentado que un mayor número de individuos emprenda el viaje al norte teniendo la seguridad de que al llegar a su destino existe una red que permitirá una mejor inserción. Pedro, un migrante zapotiteco que ha migrado en repetidas ocasiones se refiere a las redes al mencionar: “al llegar no empiezas de cero”. La constante interacción de personas y familiares aún a miles de kilómetros de distancia, ha propiciado la fricción entre miembros de la comunidad, la explotación laboral entre los mismos paisanos que reclutan mano de obra, los chismes y rumores, y, en el caso de las mujeres, la supervisión de padres, hermanos y miembros de la comunidad; tal y como se ha encontrado en otros trabajos con migrantes centroamericanos y mexicanas (D’Aubeterre 2000; Hernández y Porraz 2011; Mahler 1995).

La noción de “una sola comunidad” ha propiciado que los zapotitecos compartan vivienda y gastos para reducir el costo de su estadía, informarse sobre trabajos disponibles y allegarse préstamos de dinero. Tal ha sido el impacto de las redes, que se pueden encontrar restaurantes con tres o cuatro zapotitecos, o hasta 15 personas compartiendo departamento y complejos habitacionales ocupados por zapotitecos, lo que en ocasiones ha generado puntos de tensión. Como un migrante menciona: “pues [en el Bronx] hasta están las torres de Zapotitlán y la de Los Reyes [Metzontla] donde viven un

montón de la comunidad; ahí llegan y algunos ahí se quedan” (Mauricio, Nueva York, 23 de Junio 2013).

En entrevista, Ernesto comentó que, por un tiempo, vivió en un departamento en la ciudad de Nueva York con amigos y conocidos de Zapotitlán y de comunidades aledañas. Ernesto compartió un cuarto con cinco personas y trabajó de lunes a sábado durante casi sesenta horas a la semana con algunos de ellos. Ernesto expresó su frustración al decirnos que por ahorrar dinero, alcanzar sus metas en el menor tiempo posible y enviar el dinero suficiente a su familia en México, tuvo que soportar desvelos, ya que varios compañeros de cuarto se emborrachaban durante las noches y su espacio personal y el uso de áreas comunes era muy limitado. “Era imposible estar ahí, solo llegabas a dormir, y eso a veces, porque si querías hacer otra cosa no podías; había mucha gente y ni dormir podía uno, tenías que esperar para usar el baño y la cocina era muy pequeña” (Ernesto, Zapotitlán Salinas, 27 de Febrero de 2013).

La constante interacción entre miembros de la comunidad y el creciente uso de tecnologías que comunican el lugar de origen con el de destino, han favorecido situaciones tanto positivas como negativas en ambos lados de la frontera (Duke y Gómez 2010). Teléfonos, celulares, computadoras y el constante flujo de información han permitido a los zapotitecos estar al tanto de la situación tanto en la comunidad como en Estados Unidos. Pero, a su vez, han favorecido situaciones de fricción resultado de chismes y malentendidos.

Un número considerable de zapotitecos entrevistados mencionaron que una vez establecidos en Estados Unidos decidieron mudarse para limitar el tiempo que pasaban

con sus familiares, amigos y conocidos, o buscaron trabajos en otros restaurantes. Muchos de ellos aseguraron haber tenido problemas con sus familias por supuestas infidelidades o peleas entre los zapotitecos en Nueva York que llegaban a oídos de sus familiares en México en cuestión de horas. Claudio, un migrante que ha permanecido en Nueva York por más de 10, años menciona: “uno mejor ya ni llama, puros problemas y chismes, y cuando le hablas a algún familiar nada más te piden dinero” (Claudio, Nueva York, 23 de Junio de 2013). Estas fricciones han afectado incluso las dinámicas laborales. Es el caso de Omar, mencionado al inicio de este trabajo, quién a raíz de una mala experiencia con sus paisanos limitó su interacción con ellos:

[...] cuando estuve allá en Nueva York, en la jardinería, yo tenía ganas de meter a puros de acá [Zapotitlán] a trabajar ahí donde estaba; pero a los que metía a trabajar siempre comenzaban a decirle al patrón que me [despidiera], y así como que no. Y luego mi patrón me decía pues no, todavía de que lo metes a trabajar y que te hagan eso, pues no conviene [...] La envidia, y luego dicen, “por qué ganas tanto y yo gano poquito”. Por ejemplo, estuvo un señor con nosotros trabajando y comenzaron a darle 60 dólares y luego 75 dólares. Él es mi compadre y yo lo metí a trabajar ahí y después me decía: ¿por qué ganas tanto en lo que haces?, y le decía: “pues aprende a hacer esto y luego vas a ganar más” [...] Un día me dijo [mi patrón], ya no metas a gente de tu pueblo porque solo te echan tierra a ti, entonces no conviene” (Omar, Zapotitlán Salinas, 9 de Junio de 2011).

Un grupo afectado considerablemente por estas prácticas fueron las mujeres solteras y separadas. Algunas fueron sujetos de chismes y malentendidos, tanto en la comunidad como en Estados Unidos, relacionados principalmente con infidelidades y su reputación moral. Pese a que un gran número de las entrevistadas aseguraron haber vivido una sensación de “liberación” al momento de salir de la comunidad; también eludieran al hecho de haber sido víctimas de chismes y malos entendidos.

A pesar de los aspectos tanto negativos como positivos, en Zapotitlán Salinas, al igual que en muchas comunidades expulsoras de migrantes en México, el establecimiento de migrantes del otro lado de la frontera permitió la incorporación de nuevos grupos de migrantes. No obstante, estos factores no explican por si solos el fenómeno, ya que, la oferta laboral es un elemento igualmente importante.

La feminización laboral y la oferta laboral estadounidense

La feminización de la mano de obra ha sido una característica de la flexibilidad laboral descrita por Harvey (1990) en el régimen de la acumulación flexible (capítulo II). Este fenómeno ha sido un factor con gran presencia en latinoamericana y el caribe desde inicios de la década de los ochenta y se ha intensificado a partir del siglo XXI (Martínez 2003). La feminización de la mano de obra se ha caracterizado por “la disminución de empleos industriales donde predominaba la fuerza de trabajo masculino y el incremento de empleos en algunos servicios profesionales y otros servicios y ventas donde predomina la mano de obra femenina y de menor calificación laboral” (D’Aubeterre 2012; Levine 2011:126). Este escenario ha favorecido la reorientación en la oferta laboral, bajos salarios, subempleo, falta de seguridad social y trabajadores desechables. La urbe neoyorquina es tan solo uno de tantos lugares plagados con este tipo de trabajos, donde la mano de obra inmigrante tiene una gran cabida.

La constante demanda de mano de obra barata y poco calificada ha atraído tanto a hombres como mujeres a la ciudad de Nueva York. Durante los años 1992 y 1998, jóvenes principalmente solteros (52%), apostaron por la migración como el medio que les permitiría altos niveles de consumo y un escape de la comunidad. Muchos viajaron al

norte en busca de “aventura”, trabajaron entre 2 y 5 años y regresaron a la comunidad para encontrar pareja, casarse y volver a regresar al norte; patrón documentado en el occidente y el bajío de México (Conway y Cohen 1998). En nuestra muestra encontramos que durante la primera salida en la fase 1985-1991, el 67.3% viajó soltero/a, cuando tenía entre los 16 y 25 años de edad (46.1%). Conforme la migración se expandió en la comunidad, cada vez más individuos viajarían casados o en unión libre. De este modo, en las próximas etapas se daría una reducción considerable de los solteros migrantes: 1992-1998 (45.8%) y 1999-2006 (43%). Aumentados los riesgos para cruzar la frontera en años recientes, el flujo registrado entre 2007-2010 volvería a estar encabezado por jóvenes solteros (76.1%) entre 16 y 25 años de edad (61.9%).

Emilio nos comenta que desde que tenía 13 años tuvo la inquietud de migrar; no obstante, por su edad, su madre lo impidió. Al negociarlo durante los siguientes dos años, Emilio y su madre acordaron que podría migrar al terminar sus estudios de secundaria. Terminada la secundaria y con 15 años de edad, Emilio viajó a la ciudad de Nueva York donde se encontraba uno de sus hermanos. Emilio describe la noción de “aventura” y lo difícil que puede ser la vida en el Norte:

[...] uno se va con muchos sueños, muchas metas, pero llegando allá, por lo menos yo creo que a mi edad o sin compromisos y soltero, pues la vida se te hace un relajo ¿no? Puros amigos, les gusta el ambiente, tienes tu sueldo, uff! te la pasas súper. Pero pues no hice nada, pura calle. Si sufres para encontrar trabajo también, por lo mismo de que vas sin el idioma, no conoces a nadie y pues [los trabajos son] cosas que nunca has hecho. (Emilio, Zapotitlán Salinas, 21 de Junio de 2011).

La migración femenina

Desde los años ochenta, con la apertura de nuevos destinos migratorios en los que predominan trabajos en el sector servicios, la participación de las mujeres en el flujo migratorio aumentó considerablemente. En el año 2012 se estimó que cerca del 25% (aproximadamente tres millones) del total de los migrantes fueron mujeres (CONAPO 2012; Fundación BBVA Bancomer y CONAPO 2014). En la comunidad de Zapotitlán Salinas el 24% de los migrantes de la comunidad captados por la etnoencuesta en 2011 fueron mujeres, quienes viajaron principalmente entre mediados de los noventa e inicios del siglo XXI.

La participación de las mujeres en la contribución económica del hogar ha variado en Zapotitlán. Durante la industria del ónix un gran número de mujeres estuvo a cargo de trabajos meramente manuales como el ensamble de piezas de piedra y el empaque de los productos terminados y el trabajo doméstico no remunerado. Años más tarde, con la introducción de las maquiladoras en la región, un gran número de zapotitecas ocuparían las filas de estas fábricas tanto en la comunidad como en la ciudad de Tehuacán, desenvolviéndose como peleteras. “La historia de la participación de mujeres solas en el trabajo asalariado fuera de la esfera doméstica en Zapotitlán, particularmente en las maquiladoras, puede explicar el relajamiento de las normas de género que prevalece en esta comunidad” (Lee 2014b:135) y contribuir al entendimiento de su incorporación al flujo migratorio.

Entre 1985 y 1991 solo 3.8% de los migrantes fueron mujeres. Conforme el circuito se desarrollaba y consolidaba, la presencia de mujeres aumentaría

considerablemente. De este modo, entre 1992 y 1998 el 27% de la muestra estuvo compuesta por mujeres y para 1999 y 2006 serían el 30%. Las primeras mujeres que viajaron a la ciudad de Nueva York lo hicieron principalmente acompañadas de sus parejas, quienes en ocasiones ya contaban con experiencia migratoria y/o que financiaron su viaje para encontrarse del otro lado de la frontera. En un inicio, a su llegada a Estados Unidos, se dedicaron a las labores domésticas, el cuidado de los hijos y en la preparación de alimentos para miembros del hogar o para vender. Debido a la oferta laboral de la urbe neoyorquina y su previa experiencia laboral en la comunidad, un gran número de mujeres ocuparían puestos de limpieza, costura, cuidado de niños, preparación de alimentos, entre otros, de tiempo parcial o tiempo completo.

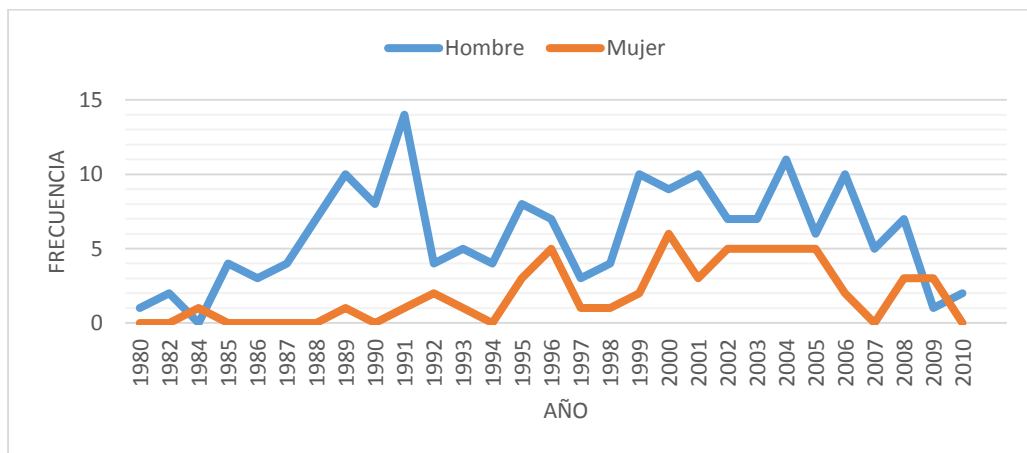


Figura 5. Año de primera salida por género, elaboración propia con base en la etnoencuesta del proyecto “Crisis Económica Global y Respuesta en Cuatro Comunidades de Reciente Migración”.

Debido al historial laboral en la comunidad, encontramos un número considerable de mujeres que viajó a Estados Unidos por su “propia cuenta”; es decir sin pareja que las acompañara o esperara en Estados Unidos, pero en todos los casos llegaron con familiares o conocidos ya establecidos en el Norte. Del total de la muestra recopilada en 2011, cerca del 60% de las mujeres viajó por primera vez a Estados Unidos siendo solteras. Un número considerable fueron madres solteras o separadas.

Para algunas madres solteras o separadas, migrar resultó ser la opción más factible para poder dar a sus hijos y familiares una vida digna en la comunidad. Algunas de ellas dejaron a sus hijos encargados con sus padres con la esperanza de ir a Estados Unidos para poder enviar suficiente dinero y proporcionarles un mejor estándar de vida. Para algunas mujeres solteras migrar representó un escape de la supervisión paterna que se vive en la comunidad; mientras que para otras solteras, separadas y con hijos constituyó una forma de evitar la vergüenza y el prejuicio de ser madre soltera, algo parecido a lo que encontró D’Aubeterre en Pahuatlán (2005). No obstante, en muchas ocasiones al llegar al otro lado no estarían exentas de la supervisión de padres y/o hermanos y las constantes fricciones con otros miembros de la comunidad relacionados con su reputación, situación similar a lo que encontró Gail Mummert (2012) entre mexicanas migrantes en Estados Unidos y Canadá.

Al terminar sus estudios, Beatriz empezó a trabajar en una maquiladora cerca de la comunidad. Ahí cumplió turnos de ocho de la mañana a siete u ocho de la noche, cubriendo turnos nocturnos en tiempos de gran demanda sin la remuneración de las horas extra. Cuando Beatriz se embarazó, continuó trabajando, regresó cinco meses después de

dar a luz por la necesidad de un ingreso. Al sentir el prejuicio y la vergüenza de ser madre soltera y con las dificultades por cubrir las nuevas exigencias económicas con el salario de la maquiladora, Beatriz dejó encargado a su hijo con sus padres en Zapotitlán y viajó a la ciudad de Nueva York, donde ya se encontraban establecidos algunos de sus hermanos.

Trabajaba de ocho de la mañana a siete u ocho de la noche; había días que teníamos que velar y nos teníamos que quedar toda la noche. Así estuve cuatro años y ya después salí embarazada. Aun así estuve trabajando hasta los nueve meses de embarazo y dejé de trabajar como cuatro o cinco meses [después y] volví a trabajar porque se acabó el dinero. Estuve trabajando hasta que el niño tenía un año ocho meses, entonces, como ya no alcanzaba el dinero, tomé la decisión de irme para Nueva York dejando al niño aquí con mi mamá. Me lo iba a llevar, pero como la migración estaba fuerte y le podía pasar algo al niño por eso mejor lo dejé. [Cuando] me fui sí tardamos para cruzar la frontera y estando allá pues busqué trabajo en lo que sea, en un restaurante mexicano empecé. [Mis padres] estaban molestos y sentidos de que yo fallé, me dijeron que si tenía que buscar hasta allá pues ni modo. Me decían “te vas a quedar a medio camino o te vas a morir, luego dicen que abusan de ellas, te puede pasar todo eso”, y les decía “que no tenía miedo que yo quería arriesgarme” (Beatriz, Zapotitlán Salinas, 2 de Junio 2011).

Un caso similar es el de Josefina, quien al separarse de su pareja y ante las dificultades económicas en la comunidad decidió viajar a Estados Unidos junto con un hermano:

Viví un tiempo en unión libre, pero pues hubo problemas con el papá de mis hijos y entonces [me fui]. Uno de mis hermanos, el más chico, todavía estaba aquí y se iba a ir para allá [Estados Unidos]. Entonces me preguntó que por qué no me iba yo con él para que no se fuera solo. Entonces me fui con él y estuve allá cuatro años (Josefina, Zapotitlán Salinas, 1 de Junio 2011).

El flujo internacional masivo: 1999 - 2006

El siglo XX es considerado el inicio del crecimiento colosal de la migración de mexicanos hacia Estados Unidos. Regiones de reciente migración del centro y sur del país conformaron un flujo similar al reportado en el occidente y el bajío (Cornelius et al. 2010; Rus y Collier 2003). Durante el periodo de 1999 a finales del 2006 migró el 44.6% del total de las personas con experiencia migratoria.

En esos años, la migración siguió creciendo, mayoritariamente de manera indocumentada (92%), mientras que Nueva York y Nueva Jersey continuaron siendo los principales destinos (79%) y el empleo en el sector servicios siguió siendo el más importante (50.8% del 59% de zapotitecos con experiencia migratoria trabajó en restaurantes). En esos años, el flujo de zapotitecos se conformó en gran parte por personas que reemprendían el viaje por segunda o tercera vez. Así mismo, la incorporación de un mayor número de jóvenes, mujeres y familias enteras se haría más visible.

La inserción al mercado laboral neoyorquino

Los zapotitecos que migraron encontraron trabajo principalmente en los últimos eslabones de la jerarquía laboral estadounidense caracterizados por la sobreexplotación, bajas remuneraciones económicas y con nula seguridad social como resultado de su estatus migratorio de indocumentados, su baja escolaridad y sin tener dominio del idioma inglés. El sector servicios de esta urbe capta la mayor parte de la mano de obra zapotiteca empleada en restaurantes, supermercados y tiendas de abarrotes, en los que se realizan

tareas de baja calificación como la preparación y entrega de alimentos y la limpieza. En escala reducida, aquellos con conocimiento básico y medio del idioma trabajaron en el servicio al cliente como meseros, cajeros o, en algunos casos, capitanes o *managers*.

A pesar de que muchos zapotitecos pudieron encontrar trabajo del otro lado por sus redes sociales (familiares, amigos y conocidos), algunos no corrieron con la misma suerte. Gilda menciona que, a pesar de tener a su hermano y amigos en Estados Unidos, enfrentó muchas dificultades para encontrar trabajo en los primeros meses de su estadía, lo que la obligó a buscar un empleo, como ella menciona, “en lo que fuera”:

[...] aun con conocidos o hasta con mi hermano que intentó meterme a donde él trabajaba, pues no me dieron trabajo [...] Entonces me iba a la parada [un lugar donde se reúnen personas desempleadas en espera de ser contratadas por empleadores que acuden a este lugar] a las seis de la mañana y me paraba junto a todos los hombres y [cuando llegaba un empleador en una camioneta] veía que corrían, pero no entendía [qué pasaba] ni por qué se subían a la camioneta. Un día que corro y que me meto en la camioneta y me dicen: “¿Qué por qué yo?”. Me preguntaron si sabía pintar y les dije: “sí”. Y entonces el [empleador] americano se compadeció de mí a pesar de ser mujer y me dio el trabajo. Me dieron mi brocha, la cubeta para preparar la pintura y ahí empecé a pintar los techos, las paredes, todo pintaba yo (Gilda, Zapotitlán Salinas, 29 de Enero 2013).

No todos los casos de inserción laboral en Nueva York fueron exitosos. Un número considerable de migrantes reportó haber viajado al norte en busca del sueño americano, pero las limitantes del idioma, su estatus de indocumentados y su baja escolaridad, frustraron este deseo. El 14.2% del total de la muestra reportó haber permanecido en Estados Unidos por un periodo menor a un año; esta cifra puede explicarse por las dificultades para insertarse al nuevo ambiente o solventar los gastos que la urbe demanda, como renta y comida, y la deuda para cruzar la frontera.

Por su parte, la experiencia laboral previa a migrar entre los zapotitecos no tuvo un peso significativo al momento de buscar trabajo en la ciudad de Nueva York. En el caso de los hombres, la mayoría contaba con experiencia en el procesamiento de la sal y la industria del ónix que resultaba de poca relevancia en la ciudad de Nueva York. No obstante, el disciplinamiento aprendido en las salinas, canteras y talleres, que se expresaba en la tolerancia a largas y pesadas jornadas de trabajo, hicieron su parte.

[...] por ejemplo aquí, ¿qué trabajos pueden haber comparados con los de allá? El único que se compara es construcción, de ahí en fuera, ¿en cocina quién ha trabajado? o lavar platos, pues según es lo mismo, pero no, sí tiene sus diferencias. Yo no, sin saber y eso, sí se te hace algo difícil. [Yo] tuve varios trabajos, estuve trabajando hasta en una librería de judíos, sin saber inglés y sin saber su idioma de ellos [...] (Emilio, Zapotitlán Salinas, 21 de Junio de 2011).

A diferencia de los hombres, la experiencia laboral previa en la comunidad entre las mujeres zapotitecas resultó de mayor utilidad. Con experiencia en las maquiladoras y las labores domésticas, la inserción laboral de las mujeres en el mercado neoyorquino fue más exitosa. Por ejemplo, la experiencia como peleteras de Beatriz y Gilda les abrieron las puertas para trabajar como confeccionista personal y la reparación de prendas en una tienda de ropa, respectivamente. Además, trabajaron en la preparación de alimentos, labores de limpieza y el cuidado de los hijos de paisanos.

La migración circular

La mayoría de los migrantes que emprende el viaje hacia el norte lo hace con la esperanza de regresar en algún momento de su vida a su lugar de origen (Durand y Massey 2003). Hasta finales de los noventa, la migración de zapotitecos a Estados

Unidos se caracterizó por ser circular. Los zapotitecos permanecían de 2 a 5 años, regresaban a la comunidad por algunos meses o años y, si las condiciones económicas lo demandaban, emprendían el viaje hacia el norte. Esto fue posible gracias a la vecindad entre México y Estados Unidos y los bajos costos y riesgos del cruce fronterizo. La circulación entre la comunidad y Nueva York fue una práctica común: el 42.5% de la muestra aseguró haber viajado en más de una ocasión a Estados Unidos.

El endurecimiento de la frontera y el fin de la circularidad

En el año 2002 la migración circular se vio amenazada como resultado del endurecimiento de la frontera posterior a los ataques del 11 de Septiembre en 2001. En esos años, el flujo migratorio indocumentado se enfrentó a leyes que afectaron la inmigración como la Ley Patriota (*Patriot Act*) que posicionó a la inmigración no autorizada hacia Estados Unidos como tema primordial de la seguridad nacional estadounidense. El resultado fue un creciente número de mexicanos deportados, el inicio del reforzamiento de la frontera entre México y Estados Unidos y, por consiguiente, el aumento en los costos de coyotes para cruzar la frontera. A pesar de esto, desde inicios del siglo XXI hasta el 2006 un gran número de zapotitecos cruzarían la frontera exitosamente.

Un cambio significativo en esta etapa de la migración fueron las estadías prolongadas por parte de los zapotitecos. Aquellos migrantes que cruzaron la frontera después del 2000 optaron por permanecer más tiempo del otro lado al hacer una valoración costo-beneficio de las implicaciones de retornar. En esta etapa, el 45% de los migrantes permaneció en Estados Unidos entre 6 y 15 años, un cambio significativo al

compararlo con las etapas mencionadas anteriormente. En 2011, en entrevistas a migrantes que se encontraban en la ciudad de Nueva York durante los atentados del 9/11, muchos describieron el pánico e incertidumbre que se vivía, el miedo de salir a la calle y ser deportados. Fue común escuchar frases como “del trabajo a la casa y nada más”, “solo salías si tenías que salir” y “ya te la piensas dos veces para regresar a la comunidad”.

El declive del flujo migratorio: 2007-2010

Desde el año 2007 hasta finales del 2010 el flujo de migrantes zapotitecos hacia Estados Unidos se caracterizó por un alto índice de retornados a la comunidad y una baja en las salidas hacia Estados Unidos. Esta etapa representa el 9.3% del flujo migratorio captado por la encuesta: 71.4% fueron hombres solteros (76.1%) e indocumentados (76.1%), que tuvieron como principal destino la ciudad de Nueva York o Nueva Jersey (76.1%). Al ser un tema central de esta investigación, en el capítulo VII se analiza detalladamente.